LIBRO V

I

La noche suprema

Eres amada de los dioses—le dijo el viejo carcelero—. Si yo, pobre esclavo, hubiese cometido la centésima parte de tus crímenes, ya me habrían atado sobre un potro, colgado por los pies, desgarrado á golpes, desollado con tenazas. Me habrían vertido vinagre dentro de la nariz, me habrían cargado de ladrillos hasta ahogarme, y si hubiese muerto de dolor, mi cuerpo estaría ya sirviendo de alimento á los chacales de las llanuras ardientes. Pero á ti que has robado, y matado, y profanado todo, te reservan la dulce cicuta y te dan buena habitación entretanto. ¡Que Zeus descargue uno de sus rayos sobre mí si adivino la causa! A alguien debes conocer en palacio.

—Dame higos—dijo Khrysís—. Tengo seca la boca.

El viejo esclavo le trajo en una cestita verde una docena de higos bien maduros.

Khrysís quedó sola.

Se sentó y se levantó, dió vuelta á su habi-

tación, golpeó las paredes con la palma de la mano sin pensar en nada, se desanudó los cabellos para refrescarlos y casi al punto se los anudó nuevamente.

La habían hecho ponerse un largo vestido de lana blanca. Como la tela era caliente, Khrysís se sintió pronto inundada de sudor. Estiró los brazos, bostezó y púsose de codos en la alta ventana.

Afuera, resplandecía deslumbradora la luna en un cielo de líquida pureza, un cielo tan pálido y tan claro que no se veía una estrella.

Fué en una noche semejante, hacía siete años, cuando Khrysís abandonó la tierra de Genezareth.

Lo recordó... Eran cinco los hombres. Vendían marfil. Enjaezaban sus caballos de larga cola con gualdrapas abigarradas. Abordaron á la niña junto á una cisterna redonda...

Y antes de eso, el lago azulado, el cielo transparente, el aire ligero del país de Galil...

La casa estaba rodeada de linos róseos y de tamariscos. Los espinosos alcaparros picaban los dedos al coger las falenas... Se creía ver el color del viento en las ondulaciones de las finas gramíneas...

Las muchachas se bañaban en un límpido arroyuelo donde había caracoles rojos bajo laureles en flor; y había flores á flor de agua, flores en toda la pradera y grandes lirios sobre las montañas, y el contorno de las montañas era semejante al de un seno núbil...

Khrysís cerró los ojos con una apacible son-

risa que se extinguió de pronto. La idea de la muerte acababa de invadir su pensamiento. Y comprendió que hasta el fin no cesaría de pensar en lo mismo.

—¡Ah!—se dijo—¿qué es lo que he hecho? ¿Por qué me he encontrado con ese hombre? ¿Por qué me ha escuchado? ¿Por qué á mi vez me he dejado arrastrar? ¿Por qué, aun ahora, de nada me arrepiento?

»No amar ó no vivir: tal es la elección que Dios me ha impuesto. ¿Qué he hecho yo, entonces, para ser castigada?

Y le vinieron á la memoria fragmentos de versículos sagrados que había oído citar siendo niña. Siete años hacía que no pensaba en ellos. Pero le llegaban, uno tras otro, con implacable precisión, aplicándose á su vida y prediciéndole su pena.

La joven murmuró:

—Está escrito:

Yo me acuerdo de tu amor cuando eras joven...
Desde hace mucho tiempo quebrantaste tu yugo,
rompiste tus lazos,
y dijiste: «Yo no quiero más ser esclava.»
Pero al pie de toda colina alta
y debajo de todo árbol frondoso
te has encorvado como una prostituta. (1)

»Está escrito:

Iré en pos de mis amantes,
que me dan mi pan y mi agua,
y mi lana y mi lino,
y mi aceite y mi vino. (2)

(1) Jeremías, II, 2, 20.
(2) Oseas, II, 7.

»Está escrito:

Cómo dirías: «Yo no estoy contaminada.»
Mira tus pasos en la llanura,
reconoce lo que has hecho,
camella vagabunda, asna silvestre,
sin aliento y siempre en celo,
¿quién te hubiera impedido satisfacer tu deseo? (1)

»Está escrito:

Ella ha sido cortesana en Egipto,
ella se ha inflamado de amor por los impúdicos,
cuyo miembro es como el de los asnos
y cuyo semen es como el de los caballos.
Te acuerdas de los crímenes de tu juventud en Egipto,
cuando te apretaban los senos porque eran tiernos. (2)

—¡Oh!—gritó ella—¡Soy yo! ¡soy yo misma!
»Y también está escrito:

Te has prostituído á numerosos amantes,
y tornarás á mí—dijo el Eterno. (3)

—Pero mi castigo ¡ay! también está escrito:

Escucha: yo excito contra ti á tus amantes.
Ellos te juzgarán según sus leyes,
ellos te cortarán la nariz y las orejas,
y lo que de ti quede caerá al filo de la espada. (4)

»Y también:

Hecho está: la han desnudado, se la han llevado.
Sus sirvientas gimen como palomas
y se golpean el pecho. (5)

—Pero ¿puede entender uno lo que dice la Escritura?—añadió para consolarse—. ¿No está igualmente escrito:

Yo no castigaré á vuestras hijas porque se prostituyen. (1)

»¿Y no aconseja también en otro lugar la Escritura:

Ve á comer y beber, pues Dios te hace prosperar. Que en todo tiempo tus vestidos sean blancos y que el aceite perfumado no falte sobre tu cabeza. *Goza de la vida* con la mujer que amas, durante todos los días de tu vida de vanidad que Dios te ha dado bajo el sol, pues no hay obra, ni pensamiento, ni ciencia, ni sabiduría, en la morada de los muertos, adonde tú vas. (2)

Estremeciéndose, se repitió en voz baja:

«...Pues no hay obra, ni pensamiento, ni ciencia, ni sabiduría, en la morada de los muertos, *adonde tú vas.*
La luz es dulce. ¡Ah! ¡cuán agradable es ver el sol! (3)
Joven, goza en tu juventud, entrega tu corazón á la alegría, sigue las sendas de tu corazón y las visiones de tus ojos, antes que te vayas á la morada eterna y que recorran la calle los gemidores, antes que la cuerda de plata se rompa, que la lámpara de oro se quiebre, que el cántaro se estrelle en la fuente y que la polea se destroce en el pozo, antes que el polvo vuelva á la tierra, de donde ha salido.» (4)

Estremeciéndose de nuevo, se repitió más lentamente:

«...Antes que el polvo vuelva á la tierra, de donde ha salido.»

Y como se apretaba la cabeza con las manos, á fin de reprimir su pensamiento, sintió de pron-

(1) Jeremías, II. 23, 24.
(2) Ezequiel, XXIII, 20, 21.
(3) Jeremías, III, 1.
(4) Ezequiel, XXIII, 22, 25.
(5) Nahum, III, 8.

(1) Oseas, IV, 14.
(2) Eclesiastés, IX, 7, 10.
(3) Id. XI, 7.
(4) Id. XII, 1 8 y 9

to, sin haberlo previsto, la forma mortuoria de su cráneo al través de la piel llena de vida: las sienes vacías, las órbitas enormes, la nariz chata bajo el cartílago y los maxilares salientes.

¡Horror! ¡En eso iba ella á convertirse! Con espantosa lucidez, le asaltó la visión de su cadáver, y se pasó las manos por todo el cuerpo para llegar hasta el fondo de esta idea tan sencilla que no se le había ocurrido hasta entonces: que ella llevaba su esqueleto consigo misma, que no era éste ningún resultado de la muerte, ninguna metamorfosis, ningún término, sino una cosa que paseamos, un espectro inseparable de la forma humana, y que la armazón de la vida constituye de por sí el símbolo de la tumba.

Un deseo furioso de vivir, de tornar á verlo todo, de recomenzarlo todo, de repetirlo todo, la sacudió súbitamente. Era la rebelión ante la muerte; la imposibilidad de admitir que ya no vería la tarde de aquella mañana naciente; la imposibilidad de comprender cómo su belleza, su cuerpo, su activo pensamiento, la vida lujuriosa de su carne, iban, en pleno ardor, á cesar de ser y á pudrirse.

La puerta se abrió tranquilamente.
Entró Demetrios.

II

El polvo vuelve al polvo

¡DEMETRIOS!—gritó ella.
Y se precipitó á su encuentro.

Pero después de asegurar cuidadosamente la cerradura de madera, el joven había permanecido sin moverse y conservando en la mirada una tranquilidad tan profunda, que Khrysís se sintió repentinamente helada.

Había esperado ella un arrebato, un movimiento de los brazos y de los labios, una mano tendida, algo, algo...

Demetrios no se movió.

Aguardó callado un instante, con suma corrección, como queriendo manifestar claramente que estaba á sus órdenes.

Luego, viendo que nada le pedía, dió cuatro pasos hasta llegar á la ventana, y se apoyó de codos en ella para ver levantarse el día.

Khrysís se había sentado sobre el lecho, que era muy bajo, con la mirada fija y casi estúpida.

Entonces Demetrios habló así interiormente:

«Más vale que sea así. Semejantes juegos á la hora de la muerte serían muy lúgubres. Lo único que me sorprende es que desde el principio no haya tenido el presentimiento y que me haya recibido con tan grande entusiasmo. Para mí ha terminado ya la aventura, y lamento un poco que así acabe, pues Khrysís, en todo rigor, no ha cometido más falta que expresar con excesiva franqueza una ambición que la mayor parte de las mujeres hubieran tenido seguramente; y si no fuese preciso arrojar una víctima á la indignación del pueblo, me conformaría con desterrar á esta joven ardiente en extremo, á fin de sacudirme de ella, sin privarla de los goces de la vida. Pero ha habido escándalo y no queda remedio. Tales son los efectos de la pasión. La voluptuosidad sin pensamiento, ó lo contrario, la idea sin deleite, no llegan nunca á estas funestas consecuencias. Es preciso tener muchas queridas, pero esforzarse, con ayuda de los dioses, en no olvidar nunca que todas las bocas se parecen.»

Después de resumir en este audaz aforismo una de sus teorías morales, volvió á entrar sin esfuerzo en el curso normal de sus ideas.

Se acordó vagamente de una invitación á comer que había aceptado para la víspera, olvidándola luego por el torbellino de los acontecimientos, y se prometió disculparse.

Reflexionó sobre si vendería ó no el esclavo que le servía de sastre, un viejo que continuaba apegado, en cuanto al corte, á las tradiciones del reinado precedente, y no lograba hacer sino de un modo imperfecto los pliegues arrugados de las túnicas que se usaban.

Tenía tan aligerado el espíritu, que dibujó en la pared con la punta de su buril un estudio anticipado para su grupo de *Zagreus y los Titanes,* una variante que modificaba el movimiento del brazo derecho en el personaje principal.

Acababa de terminarlo, cuando llamaron suavemente á la puerta.

Demetrios fué á abrir sin apresurarse, y entró el viejo ejecutor, seguido de dos hoplitas con casco.

—Traigo la copita—dijo con una obsequiosa sonrisa dirigida al amante real.

Demetrios guardó silencio.

Khrysís, absorta, levantó la cabeza.

—Vamos, hija mía—agregó el carcelero—. Ha llegado el momento. Se ha molido bien la cicuta, y no hay mas que tomarla. Desecha todo temor. No se sufre.

Khrysís miró á Demetrios, y éste no apartó su vista.

Sin dejar de fijar en él sus grandes pupilas negras orladas de luz verde, alargó Khrysís la diestra, tomó la copa y lentamente se la llevó á la boca.

Humedecióse los labios con el líquido. La amargura del tósigo, así como los dolores del envenenamiento, habían sido previamente moderados con un narcótico endulzado con miel.

Bebió la mitad de la copa emponzoñada, y luego, fuera porque lo hubiese visto hacer en el teatro, en el *Thyestes* de Agathón, ó porque en realidad le naciera de un sentimiento espontáneo, tendió el resto á Demetrios... Pero el joven

declinó con un movimiento de la mano esta proposición indiscreta.

Entonces la galilea apuró el brebaje hasta no dejar en el fondo mas que un residuo verde, y le acudió á las mejillas una sonrisa desgarradora acompañada de cierto desprecio.

—¿Qué debe hacerse ahora?—le preguntó al carcelero.

—Paséate por la pieza, hija mía, hasta que sientas que te pesan las piernas. Entonces te acostarás de espalda, y el veneno obrará por sí solo.

Khrysís se encaminó hacia la ventana, apoyó su mano contra el muro, la sien sobre la mano, y lanzó á la aurora violeta una última mirada de su juventud perdida.

El Oriente había sido anegado por un lago de color. Una larga banda lívida semejante á una delgada capa de agua ceñía el horizonte como un cinto aceitunado. En lo alto, varios celajes nacían uno del otro, sábanas líquidas de cielo glauco, irisado ó lila, que se fundían insensiblemente en el plúmbeo azul del cielo superior. Después, estas superposiciones de matices ascendieron con lentitud, y apareció, subió y se ensanchó una línea de oro. Este hilo purpúreo alumbró la taciturna alborada, y de una ola de sangre nació el sol.

—Está escrito:

Dulce es la luz...

Permaneció así, de pie, en tanto que sus piernas pudieron sostenerla. Cuando hizo seña de que

vacilaba, tuvieron los hoplitas que trasladarla al lecho.

Una vez allí, el viejo dispuso los blancos pliegues de la túnica á lo largo de los extendidos miembros. Le tocó en seguida los pies, preguntándole:

—¿Has sentido?

Ella repuso:

—No.

Le tocó entonces las rodillas, y le preguntó:

—¿Has sentido?

Hizo ella señas de que no, y súbitamente, con un movimiento de boca y de hombros—pues hasta sus manos estaban muertas—, dominada por un ardor supremo y tal vez pesarosa de esta hora estéril, probó á incorporarse hacia Demetrios... Pero antes de que él hubiese podido responder, se desplomó sin vida, apagados para siempre sus ojos.

Entonces el ejecutor le cubrió el semblante con los pliegues superiores de la vestidura; y uno de los soldados presentes, suponiendo que un pasado más tierno habría reunido alguna vez á este hombre y á esta mujer, cortó con la punta de su espada el último bucle de la cabellera sobre las losas.

Demetrios tocó este pelo con su mano, y era ella, en verdad, era Khrysís toda entera, el oro

superviviente de su belleza, el pretexto mismo de su nombre...

Tomó el tibio rizo entre el pulgar y los otros dedos, lo esparció lentamente, poco á poco, y con la suela de su calzado lo hizo desaparecer en el polvo.

III

Khrysís, inmortal

Cuando Demetrios se vió solo en su taller rojo, embarazado de mármoles, bosquejos, caballetes y andamiadas, quiso ponerse otra vez al trabajo.

El cincel en la mano izquierda y el mazo en la derecha, prosiguió, pero sin ardimiento, un esbozo interrumpido. Era el cuello de un caballo gigantesco destinado al templo de Poseidón. Bajo la crin cortada en cepillo, la piel del cuello, plegada por un movimiento de la cabeza, formaba curvas geométricas como un onduloso surtidor marino.

Tres días antes, el detalle de esta musculatura regular concentraba en el espíritu de Demetrios todo el interés de la vida cotidiana; pero desde la mañana en que murió Khrysís, el aspecto de las cosas había cambiado para él. Menos tranquilo de lo que hubiera querido estar, no conseguía fijar su pensamiento, que tiraba hacia otra parte. Parecía interponerse entre el mármol y él una especie de resistente velo. Por fin, arrojó el

mazo y púsose á dar vueltas á lo largo de los empolvados pedestales.

De repente, atravesó el patio, llamó á una esclava y le dijo:

—Prepara la piscina y los aromas. Me perfumarás cuando salga del baño, me darás mis vestidos blancos y encenderás las cazoletas redondas.

Cuando acabó de vestirse, llamó á otros dos esclavos:

—Id á la prisión de la reina—les dijo—; entregadle al carcelero esa arcilla para que la lleve á la pieza en que está muerta Khrysis la cortesana. Si no han arrojado ya el cadáver en la cloaca, le diréis que se abstenga de ejecutar nada antes de recibir órdenes mías. Id corriendo.

Y sujetándose un buril á su cinturón, abrió la puerta principal que daba á la desierta avenida del Dromo...

Detúvose de golpe en el umbral, estupefacto ante el esplendor de los mediodías de la tierra africana.

La calle debía verse blanca y las casas blancas también, pero la llama perpendicular del sol bañaba las centelleantes superficies con una furia tal de reflejos, que los muros encalados y las losas reverberaban á la vez unas incandescencias prodigiosas de azul de sombra, de rojo y verde, de ocre brutal y de jacinto. Fuertes y temblorosos colores parecían sucederse en el aire, sin cubrir mas que por transparencia la ondulación de las fachadas ardientes. Las líneas se deformaban bajo tales destellos; la muralla recta de la calle se redondeaba en la vaga lontananza,

flotando como un jirón de tela y desvaneciéndose á trechos. Un perro que dormía al pie de un poste se destacaba como una mancha de fuego carmesí.

Entusiasmado de admiración, Demetrios vió en este espectáculo un símbolo de su nueva existencia. Por largo tiempo había vivido en una solitaria noche, en el silencio y la paz. Por mucho tiempo había tenido por luz la claridad de la luna y por ideal la línea indolente de un movimiento exageradamente delicado. No era viril su obra. Sobre la piel de sus estatuas corría un estremecimiento helado.

Durante la trágica aventura que acababa de sacudir con tan ruda conmoción su inteligencia, había sentido que por primera vez henchía su pecho el soplo poderoso de la vida. Si no afrontaba una segunda prueba; si, una vez victorioso de la lucha, se juraba ante todo no volver á exponerse á doblegar ante nadie la altiva actitud que había adoptado, ganaría por lo menos el haber comprendido que sólo es merecedor de ser imaginado lo que, por medio del mármol, el color ó la fase, sorprende una de las profundidades de la emoción humana, y que la belleza formal no es mas que una materia indecisa, susceptible de ser siempre transfigurada por la expresión del gozo ó del dolor.

Al acabar así la serie de sus pensamientos, llegó frente á la puerta de la prisión criminal.

Sus dos esclavos estaban esperándole.

—Hemos traído la arcilla roja—le dijeron—. El cuerpo se encuentra sobre el lecho y nadie lo ha tocado. El carcelero te saluda y se recomienda á tu buen recuerdo.

El joven entró en silencio, transpuso el largo corredor, subió algunos peldaños, penetró en el aposento de la muerta y cerró la puerta cuidadosamente.

El cadáver estaba extendido, baja la cabeza y cubierto con un velo, los brazos rígidos y los pies juntos. Tenía los dedos cargados de sortijas. Dos periscelis de plata se le enrollaban en los pálidos tobillos y aún tenía las uñas de los pies rojas de polvo.

Demetrios tendió la mano hacia el velo, á fin de levantarlo; pero apenas lo hubo tocado, cuando una docena de moscas se escaparon con rapidez por la abertura.

El joven se estremeció hasta los pies... Sin embargo, alzó la tela de lana blanca y la plegó alrededor de los cabellos.

El rostro de Khrysís se había sosegado poco á poco con esa expresión de eternidad que suele otorgar la muerte á los párpados y las cabelleras de los cadáveres. En la blancura azulosa de las mejillas, algunas venas finísimas y azuleantes prestaban á la cabeza inmóvil la apariencia del helado mármol. Sobre los labios finos se abrían diáfanamente las narices. La fragilidad de las orejas tenía algo de inmaterial. Jamás bajo luz alguna, ni aun en la de su ensueño, había visto Demetrios tan sobrehumana belleza, ni aquella irradiación del cutis próxima á extinguirse.

* * *

Y entonces recordó las palabras de Khrysís durante su primera entrevista: «Tú no conoces mas que mi rostro. ¡Tú no sabes cuán hermosa

soy!» Una intensa emoción lo sofoca de pronto. Quiere conocer por fin, y puede hacerlo.

De sus tres días de pasión, quiere conservar un recuerdo que dure más que su propia vida: desnudar este cuerpo admirable, ponerlo de modelo en la actitud violenta en que la ha visto en sueños, y crear con este cadáver la estatua de la Vida Inmortal.

Suelta el broche y el nudo; abre la tela; el cuerpo pesa; él lo levanta. Cae la cabeza doblándose hacia atrás; tiemblan los senos; aflojánse los brazos. Arranca él la tela toda entera y la arroja en medió de la pieza. El cuerpo vuelve á caer pesadamente.

Tirando con entrambas manos de las frescas axilas, hace Demetrios que la muerta se deslice hasta lo alto de la cama. Le vuelve la cabeza sobre la mejilla izquierda, junta y esparce luego espléndidamente la cabellera bajo la acostada espalda. Le alza el brazo derecho, le dobla el antebrazo sobre la frente, le crispa los dedos, blandos todavía, contra la tela de un cojín. Dos admirables líneas musculares, descendiendo de las orejas y del codo, se juntan bajo el seno derecho, como dos tallos que sostuvieran un fruto.

Dispone las piernas en seguida, extendiendo la una rígidamente de lado, la otra con la rodilla erguida y casi tocando el talón al muslo. Rectifica algunos detalles, dobla la cintura hacia la izquierda, alarga el pie derecho y quita los brazaletes, collares y sortijas, para que ninguna disonancia turbe la armonía pura y completa de la femenina desnudez.

El modelo ha tomado la postura deseada.

Demetrios arroja sobre la mesa la arcilla hú-

meda que ha mandado traer. La aplasta, la oprime, la estira á semejanza de la forma humana. Una especie de monstruo bárbaro nace de sus dedos febriles. Se detiene y mira.

El inmóvil cadáver conserva su posición apasionada. Pero un delgado hilo de sangre le brota por la nariz de la fosa derecha, corre sobre el labio y cae gota á gota en la boca entreabierta.

Demetrios continúa. El esbozo se anima, se precisa, cobra vida. Un prodigioso brazo izquierdo se contorna por encima del cuerpo como abrazando á alguien. Los músculos del muslo se acusan vigorosamente. Se contraen los dedos de los pies.

* * *

...Cuando la noche ascendió de la tierra y obscureció la habitación, Demetrios había terminado su estatua.

Hizo que entre cuatro esclavos condujeran el esbozo á su taller, y aquella misma noche mandó que á la luz de las lámparas desbastaran un gran bloque de Paros. Un año después, aún trabajaba en este mármol.

IV

La compasión

CARCELERO, ábrenos! ¡Ábrenos, carcelero! Rhodís y Myrtokleia daban golpes en la puerta cerrada.

La puerta se entreabrió.

—¿Qué queréis?

—Ver á nuestra amiga—dijo Myrto—. Ver á Khrysís, á la pobre Khrysís, que ha muerto esta mañana.

—¡No es permitido! ¡Marchaos!

—¡Oh! Déjanos, déjanos entrar. Nadie lo sabrá. Á nadie lo diremos. Era nuestra amiga, déjanos que la veamos. Saldremos al momento. No haremos ruido.

—¿Y si me sorprenden, chiquillas? ¿Si por vuestra causa me castigan? Vosotras no pagaréis la multa.

—No te sorprenderán. Estás solo aquí. No hay otros presos. Has alejado á los soldados. Todo esto lo sabemos. Déjanos entrar.

—¡Acabemos!... Pero no estéis mucho tiempo. Tomad la llave. Es en la tercera puerta. Avisadme cuando salgáis. Es tarde y deseo acostarme.